

El lirismo de Lénica Puyhol

CARMEN DE LA FUENTE

Conocí a Lénica Puyhol muy joven; cuando era una muchacha callada, de tendencias solitarias y como en búsqueda de una pasión que la llevara al éxtasis.

En 1959 publica un ensayo, *Maremagnum* que fue muy aplaudido por la crítica. El libro me desconcertó; pero a través de su lectura pude entender algo de su enigmática personalidad.

En sólo sesenta paginas resume el drama de una existencia: soledad, una infinita desolación; el encuentro con el egoísmo y la mezquindad de un ser excesivamente idealizado. Esto aquilatado a través de una conciencia libre de ataduras, falta de un asidero metafísico y sin embargo atenaceada por una sed indivisible, a la manera de un volcán cuyo fuego no acaba de extinguirse porque le falta el soplo de lo Eterno.

Tal apetito pudiéramos vislumbrarlo en la *Mística* y en "Lo inefable" poema inmortal de Delmira Agustini.

Delmira fue un temperamento erótico y murió consumida por su propia llama. Hortensia Lénica hubiera podido morir de amor; pero la longevidad la ha traicionado. Creo en el designio de los dioses: tenía que vivir para manifestarse en un libro de excepción: *Una mujer de novela*.

Dice la autora en *Maremagnum*: "Voy hacia el océano para recibir en el gineceo de mi cuerpo al semen ver-

tido a mares... El océano no olvidará que ni todos los hombres del universo me bastarían para satisfacer mi deseo apremiante.

En esta pluralidad debemos entender que Océana conjunta los apetitos e insatisfacciones de un género, de la universalidad femenina que va a expresarse en *Una mujer de novela*, después de haber abrevado en distintos campos de la cultura y tomando conciencia de que el destino de la mujer aciago a través de todas las edades.

Una mujer de novela es una obra poliédrica, erudita y predispuesta a la polémica. Susceptible de analizarse desde distintos ángulos; fabulosa por su riqueza léxica; por la feliz amalgama de la prosa y la poesía; por la libérrima composición de sus estructuras y finalmente por la complejidad de sus personajes.

Barroca por excelencia, incurre en inútiles reiteraciones, abundancia de agradecimientos, circunloquios que se prolongan hasta dificultar la entrada al meollo del asunto; pero una vez vencidas estas inconveniencias, deslumbra su magnificencia.

Dada su vastedad –más de mil cuatrocientas páginas– es necesario circunscribirse a uno de sus aspectos. Tal es la razón por la que quiero asegurar que se trata de una novela lírica.

Como sucede con las grandes obras del género, está saturada de elementos enigmáticos; flota de continuo entre la realidad y el sueño y si por una parte se desborda en una prosa de contenidos picarescos, por otra nos avasalla con un torrente de metáforas.

Tal exacerbado lirismo evoca al romanticismo alemán y con mayor razón a la novela de los siglos XVIII y XIX, digamos Werther, de Wolfgang Goethe y Cumbres Borrascosas de Emily Bronte, pero Lénica Puyhol mujer de este tiempo, no es ajena a las influencias de Joyce, de Marcel Proust y de Virginia Wolf.

Con la modernidad nacen las innovaciones de la forma; lo que en la novela tradicional llamamos capítulos, aquí se denominan leitmotiv, pronunciando el acontecer dentro de la unidad espacio-tiempo para dar continuidad a la anécdota.

Asimismo y con el objeto de intensificar la temperatura emocional de algunos párrafos, Hortensia Lénica dispone de variado acervo artístico: letras de canciones, frases memorables, poemas,... sensaciones experimentadas auditiva o plásticamente, a través de la música o la contemplación del paisaje y las obras maestras.

Así en una revisión superficial topamos con Shakespeare, Cervantes, Ovidio Fray Luis de León,

Goethe, Emily Bronté, Paul Valery, Gerardo de Nerval, Scott Fitzgerald, Delmira Agustini, Ramón López Velarde, Nazariantz y también con los ángeles barrocos, las catedrales góticas, la Antigüedad Clásica y los pintores Kandinsky, Chirico, Monet, Van Gogh, Armando Puyhol.

Todo ello es erudición; pero lo esencial de la novela lírica es su carácter subjetivo. Todas las referencias del mundo externo, al trasladarse a la intimidad, le sirven al individuo para desarrollar un proceso de auto conocimiento; exploración del yo que traspone los límites de la conciencia. De allí que la estructura lírica dé preponderancia al monólogo.

Toda novela exige un argumento, una trama que tenga como eje central a los protagonistas; alrededor de uno o dos principales, téjese una urdimbre donde fulguran aquí y allá brotes de humanidad que dan coherencia al relato.

En el caso de Una mujer de novela, la historia es monotemática; si no tuviera tanta complejidad, podría ser una biografía novelada.

Dévora, el personaje central, en sus constantes y airados reclamos en sus conflictos y lágrimas, representa simbólicamente a todas las féminas –desposeídas, desde al nacer y en el curso de los siglos, de su derechos primordiales.

Transita, sin respetar un orden cronológico, a través de todas las edades, sintiéndose en su acontecer, clásica, medieval, renacentista, contemporánea, según la liberalidad de su pensamiento.

En ese tránsito discurren muchas figuras: las unas vitales como el padre, la madre, la nana María Pascuala; las otras ligadas a su infancia adolescencia y juvenil presencia.

Resulta estéril, sin embargo, pensar en la autenticidad biográfica, ya que los personajes verdaderos están encubiertos por la ficción.

En este sentido Lénica Puyhol, presenta muchas analogías con el Estridentismo, especialmente con



Alejandro Caballero

Arqueles Vela, señalemos por ejemplo el surrealismo expresado en la evanescencia de la atmósfera; aparición y desaparición de personajes surgidos del anonimato; enmascaramiento de su identidad real. Otra semejanza, el descarnado realismo que deriva en ambos escritores del conocimiento de la picaresca, ya de los clásicos españoles: el Arcipreste de Hita, la Celestina, ya de otras literaturas Bocaccio... Rabelais.

Algo más: en *La Volanda* y *Una mujer de novela* es una constante la nostalgia fuertemente enlazada a la evocación toponímica. El encuentro con el amor, su intensidad y luego su pérdida se asocian en *La Volanda* a los andurriales de San Cosme y la Tlaxpana; en *Una mujer de novela* al viaducto y el puente de Nonoalco.

Pese a estos paralelismos formales, insisto, *Una Mujer de novela* debe inscribirse dentro del lirismo.

Lo que priva, lo trascendental radica en la radiografía sentimental de la autora; sus soliloquios e invectivas puestos en la boca de Dévora.

Ya sea en la prosa, ya en la textura poemática, se nos revela una mujer sin prejuicios, liberada de dogmas y teosofías; indignada ante la desigualdad y la injusticia, erudita, apasionada y tristemente herida por el desamor, las ausencias y la muerte.

La historia de Dévora comienza –según el relato– al iniciarse la tercera década de su vida. A través del sueño emprende un periplo que abarca su infancia, adolescencia y juventud. Como salida de la bruma, explica su neurosis: “Me mata despertar cuando el sueño puede rescatarme de ese estado patético, sea el de la vesania que induce al suicida... Amaneció triste. Está triste. Se siente con tristeza de amanecer nublado”. Cambiando de primera a tercera persona, agrega: “La tristeza la invade igual que un clima temperamental, a semejanza de un paisaje interno. Y aún cuando la tristeza no es su filosófica manera de ser, la tristeza la invade como un clima de lo exterior a lo interior.”

He aquí un temperamento que se identifica con el paisaje, en estado de amor, de religiosidad, de panteís-

mo. Y en ese estado de soledad, la conciencia del ser, reclamado por la poesía (Pág. 228) “Que de escribir lo que siento y vivo yo también me doy a la lírica. Al igual que la bíblica Dévora canto con letras de vida todo lo que imagino, siento y va conmigo. Algo en mí da vida a los genes de cosas lucubradas, de las que me pregunto ¿de donde vienen? ¿De qué fondo emergen? ¿En qué región tuvieron sus raíces?... Las profundidades de un ser son como las del universo.”

Lénica lo sabe, tiene la certidumbre de haber nacido poeta y como poeta pierde conciencia de la realidad entregándose al sueño; allí parece flotar asida de la mano por una sombra. ¿Por dónde anda su cabeza? Enamorada, anda a la búsqueda de lo desconocido. “Amo enamorarme, afirma y soy fugaz, veleidosa y azarosa.”

A ese personaje desconocido lo inviste de identidades múltiples; el más convincente es Orbil de Etra que le abre las puertas de la cultura y yace oculto en el mundo de su sexualidad: “Lubricidad de la poesía, Erótica en poesía. Arte de hacer el amor de poema a poema. Imágenes en la piel, en el alma. Y esa musicalidad emocionada de verso a verso.”

¡Ah, pero no hay ser humano que resista tanta intensidad! Después del paroxismo sobreviene un estado de lasitud y hasta de hastío. Dévora confiesa: “Por amor siempre los unía intensa e infinitamente el acto sexual. Al borde del frenesí indestructiblemente vivido, el tema del hijo los separó definitivamente. La cama de ahora en adelante y a saber hasta cuando, lo rugoso del tema. Tema en cuestión trillada. Tema de la prosa de la vida. Tema de la reproducción no le era tema de pasión en su deseo... Tema ese para recordar la soledad de la cama, aliñándola a manos de añoranza y lisuras de olvido. Ahí, sin amor, en su abandono”. (Pág. 317)

Esto dice un corazón atribulado; de las cenizas del fuego renacerá el ave fénix como símbolo de la inmortalidad. Esta inmortalidad se plasma en “La niña del retra-

to”, poema de Ramón López Velarde cuya similitud se enmarca en las palabras alusivas de Orbil de Etra: “He querido evocarte de tal forma poética, porque sólo yo te amaré así con la magia del poema para transmigrarte, toda tú antológica y de antología hecha para mí... para el arte... Sólo yo te amaré así porque solo y solamente el alma de los poetas encuentra en la mujer que aman a la niña poesía que una vez amaron”

Tal febricidad amorosa es un aspecto de la complejidad enigmática de la escritora; falta examinar su filosofía, su científicismo en posición abierta al dogma y la idolatría.

Lénica Puyhol, influida sin duda por el Quijote, crea también arquetipos: si Dévora encarna al idealismo, la nana María Pascuala opone el más gracioso realismo.

Ella, María Pascuala, sacará a Dévora de sus arrobamientos, sus fiebres oníricas para anclarla en la tierra. Personaje vigorosamente trazado, hará palidecer a las



Gonzalo Cabrera

figuras del padre y la madre; aunque por otra parte usurpe las cualidades de otros seres apenas mencionados; pero latentes en las estructuras profundas de la novela. Me refiero a Aurora, la hermana de ferviente religiosidad, a Esther, inolvidable en su humorismo y habla picaresca.

María Pascuala representa a la tradición. En su voz cobran vida las leyendas y consejas, la mexicanidad, los valores patrios. Con este bagaje se enfrentará a las intemperancias y descreimientos de la protagonista, a los arranques de su vida al desgaire.

En una retahíla de diálogos se confrontará la rivalidad entre dos generaciones: la una anclada a sus principios, la otra rebelde, feminista a ultranza. En tales disputas el lenguaje se desborda como una catarata; yendo de la ternura a la agresividad, del desafío a la reflexión; del dramatismo a la carcajada; porque aquí, como un estilete, obra el sarcasmo.

Son dignos de mencionar algunos fragmentos: en el primer tomo, página 382, se retrata el carácter de Dévora en su infancia:

Pobre de tí si no te levantas al instante. La escuela no espera a las niñas flojas. Cuándo aprenderás que “contra pereza diligencia” según los pecados capitales y las virtudes divinas. Ahora es lunes, no es domingo de guardar... digo, de holgar...

–No es domingo, pero es lunes..., mañana martes... pasado mañana miércoles; pasada otra mañana jueves y luego después viernes santo, y enseguida: pasada la noche, sabadito alegre... para vacacionar y domingo para pasear ir a misa, vestirse de elegantiosa, andar por la casa dando vueltas a tontas y a locas, jugar con agua fresca de la fontana del jardín... y luego volverse oruga y luego mariposa y luego ave sin nido, y luego caracol para meterse en su caparazón y dormirse sempiternamente...

¿Y con qué días cuentas para las virtudes?

Ninguno... No hay lugar para esas zarandajas.

–Deberías entender que la virtud es una disposición constante del alma que nos incita a obrar bien y evitar el mal.

–Qué sé yo de culebras, arañas, escorpiones y alimañas del paraíso terrenal

–En el silabario te he enseñado a leer... Y en el catecismo dice a la letra escrito y aprendido de cantaleta “virtud cardinal, cada una de las cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, que son principios de otras: ...Virtud teologal, cada una de las tres: fe, esperanza y caridad, cuyo objeto directo es Dios.

(Dévora se hincó con las manos puestas en oración como si estuviera rezando devotamente y extraviando los ojos en el firmamento de nubes gloriosas)

–Y no hagas mofa con tales hipocresías... Ya sé que nunca te han gustado las cosas de la moral para ser una niña perfecta...

Obsérvese el tono racional, antidogmático de la autora que se rebela contra la imposición religiosa y que se verá reforzado en diálogos posteriores:

–Hablas con lengua terriblemente divina, nana, me horrorizas. Sentenciosa, dirás.

–Tendenciosa de purgar –con purga de aceite de higuera– las penas ¿verdad?

–El purgatorio es oscuro. No hay día. Nadie se levanta temprano, ni nunca nadie se acuesta.

–No digo. Parece de noche porque todavía es de día sin empezar ni acabar. Y te levantarás tempranísimo porque nunca has de ver el esplendor de la mañana. Con los primeros albos, entre la nubosidad tenebrosa abrirás tamaños ojos –ya de sí que tamaño de grandes los tienes– y no se diga como claraboyas...

–Me los dio Dios para ver mejor...¿Verdad?

–¡Ya estará lobo de Caperucita!

–Así de sonámbulos; así así hasta el fin de tu condena... porque para mí que no tendrás perdón de Dios nunca jamás de los jamases.

–Eso crees tú porque no sabes resolver cuentas de quebrados. Mira, apunta muy bien, la razón y proporción para no quebradera de cabeza: mitad condenada, mitad perdonada pasaré mi vida entera en el otro mundo...

porque para ir a trabajar estoy listísima de la una de la mañana hacia atrás de las horas de la noche; pero para levantarme temprano no y no, millones de veces ¡no con las horas del día! –arguyó retobada con un sentido de terquedad indiscutible.

–¿Y tú qué sabes de cuentas divinas? ¿Tu vida entera en el más allá dices? Será tu muerte entera... en la eternidad no hay vida inmortal para las almas malas; son ánimas del purgatorio, con penas de nunca acabar. Andarás y andarás vivita y coleando de lengua de fuego en el infierno...

–Te digo, nana, que dices cosas terribles. Nana horrible, de horrible ble ble y bla bla.

Lénica Puyhol nos entrega una imagen de lo que fue la educación religiosa a principios de siglo; un espectáculo tremendista de las representaciones simbólicas para dominar a las multitudes, un dogma sazonado con lágrimas que alejaban en lugar de acercar a los fieles.

No todo es sarcasmo en la conciencia agnóstica. Un viaje a Tierra Santa –viaje real hecho por Lénica, Aurora y su madre Hortensia– estremece a Dévora con las reminiscencias de la pasión. Dice; “Y para que llorásemos deveras corre película de principio a fin en el cinemascopio mental de María Pascuala; El Gólgota... Me conmueve María Pascuala, cronista del Mater Dolorosa, por el Mártir del Gólgota...

Quién me lo hubiera dicho, llorar yo también –cuanto más descreída más involucrada con el mito doloroso– rendida a la influencia del culto a Cristo, más acaso por la tragedia del hombre que por la religiosidad.

Y Lénica atea escribe estas frases inmortales: Irradiando la luz divina del Redentor, María Pascuala olía a cristiana paleontológica. Tenía la mirada perdida en la evocación ferviente de Cristo. La mimesis la había convertido en una de las santas mujeres de la época en que Dios se hizo hombre entre los hombres.

Mas como si su sentimiento no bastara para expresar el fuego de su espíritu, transcribe dos poemas inmortales; el soneto de Miguel de Guevara “No me mueve mi Dios para quererte” y “La Magnífica” de autor anónimo.

De igual manera que López Velarde (“Gusto del cristianismo porque el Rabi es poeta”), Lénica Puyhol se imanta de religiosidad a través del arte. ¿Pues quién va a negar la sensualidad que se desprende de la liturgia católica? Todos los sentidos entran en acción: el olor de las flores, las ceras, el incienso, la plasticidad de los altares, los brocados, sedas y tules; la música, antes excelsa, la poesía. Al ritmo de la música sacramental se levantaron las catedrales: Palestrina, Bach, Vivaldi, Mozart... Brahms, crearon la música del cielo.

Me he desentendido, a propósito, de otros temas fundamentales del libro. Ejemplo: el barroquismo de sus obsesiones eróticas, el dramatismo de la historia misma, con escenas que evocan a *La Celestina*. También el dibujo de personajes como Alicia, abrigada en sus convencionalismos; pero fuerte, categórica, frente a las diatribas de su hija Dévora. Diálogos entre una y otra que darían pie a una obra de teatro, firmada por Tomas Urtusástegui, dramaturgo experto en la problemática de la psicología familiar.

Me he detenido, en cambio, en la añoranza, en esa red finísima que teje la memoria para atrapar el dolor, la nostalgia y la experiencia de la muerte.

Señalar algunos de los motivos más queridos: Muerta su madre, Dévora retorna a la casa donde transcurrió su infancia: “La casa a la cual me refiero –dice– aquella de mi infancia, es porque existe intacta dentro de mí... Hogar el de su infancia que lo olvidaba y recordaba con la mirada empapada en llanto. Todo lo de ella estaba intacto donde lo dejó... Algo de ilusorio la detenía en la contemplación del pasado insólito, aproximándose no extraña sin embargo insegura, huraña, sin encontrarse en la realidad misma de las cosas...”

Sentía haber perdido contacto personal con algo que de las cuatro paredes se consideraba hogar.

Le pareció encontrar allí jugueteando su corazón. Una pelota redonda. Lo de hogar, su hogar enteramente ¡ese! ningún otro en su vida.

Leo y rememoro junto con la autora: aquella casa sencilla y rústica.

Casa como chalet inglés, protegida por un bosque. Árboles añosos cobijando su soledad; el jardín cuidado lleno de rosas... las enredaderas, las flores silvestres y un rumor cálido, el de la juventud, alborotando con cualquier pretexto.

En ese ambiente novelesco conviví con Lénica, con Esther, con Aurora y los hermanos varones. Cada una de las mujeres sintiéndonos heroínas de las novelas de las hermanas Brontë. ¡Con qué fruición y enamoramiento leímos *Cumbres borrascosas*.

Todavía eran jóvenes Don Luis y Doña Hortensia. Él con la apostura del hombre andaluz; ella, espigada, exquisita, llevando en el rostro las huella de muchos sufrimientos y trabajos. Los dos sobreviven en las páginas de *Una mujer de novela*, aunque disfrazados por la ficción.

Alicia-Hortensia quien aparece furtivamente en el curso de la novela y cobra acentuada personalidad en los pasajes donde la atora renuncia a las elucubraciones oníricas, para entrar de lleno al realismo, es el personaje que ocupa las últimas páginas del libro.

Ella es la madre enemiga, la censura atroz a quien desnuda la hija rebelde. Moral de una época, hecha de convencionalismos, sujeta a cánones de la decencia, que trata de salvar a Dévora del caos de la frustración y la inestabilidad... Hay que leer esos diálogos de lucha encarnizada entre dos mujeres igualmente vehementes... el encono de la liberación da pauta a la intensidad dramática.

¿En qué momento surge la reconciliación? En el que Dévora asiste a la madre enferma. Ha caído la cortina de la ficción. Lénica Puyhol no escribe esta casi autobiografía a los treinta y cinco años, sino cuando ha cruzado el umbral de la viudez y del esplendor físico. Ahora ha crecido dolorosa y abnegadamente. Nada le importa sino aquella flor que se deshoja entre sus manos. Dice:

“Tosía como la Dama de las Camelias si ésta hubiera vivido con los más años patéticos, o ella menos hacia su

juventud. En esas asfixias nuestros coloquios terminaron en silencio con una melancolía atroz y sin igual confidencia sin voz. Compartíamos los momentos juntas con un amor filial acrecentándose a la medida del funesto desenlace...

“Fue una muerte dulcemente azulada como el no ser. Porque el no ser es el vacío infinito y el espacio vacío es azul y no hay nada más hermoso y consolador que el azul. No es casual que Novalis, el poeta de la muerte, haya amado el azul y no haya ido más que hacia el azul, la dulzura de la muerte tiene color azul.”

Qué patético lirismo, que hermosura de párrafos. Lénica Puyhol es poeta más que novelista.

En este leitmotiv que la autora llama Morada elegía reside lo mejor de su obra. “Acuérdate que mi vida es viento” inicia y todo lo que fue aúlla, sobrecoge, en un canto de desesperación y de muerte:

“¡Mamá, mi casa se hizo agonía! Durmiendo ando errabunda en mi casa de espantos. ¿Mamá, dónde está mi casa? Voló hacia las nubes. No la alcanzo mamá.”

“Adiós te dije –reina madre– preciosa reina. No adiós. El adiós no tiene retorno. Nunca, jamás nos digamos adiós... posiblemente un día... No sé dónde ni cuándo... en un lugar distinto... en otra madrugada... y tú has vuelto. Vuelves. Estás. Tú eres diosa que estás en todas partes. Sólo que tus cosas miríficas son de la Tierra. El olor de tu perfume, de tu polvo, de tu persona. Tu abrigo, tus pantunflas de seda, tu bata escocesa. Yo misma en tu figura... Pero más que nada tu casa vacía de ti... llena de ti...”

“Vuelve en sí, Dévora... Eso no es volver a la razón, sino a la funesta realidad.”

Y Dévora, o sea Lénica, vuelve a la ciudad y siente, que como ella, ha sufrido cambios. De la destrucción y la muerte de 1968, se recupera, renace porque la vida es un impulso y la juventud es eterna cuando hay amor... amor por el ser humano, por lo que el hombre ha edificado, por todo lo que existe. ❏

Centro de Lectura Condesa

Un lugar para disfrutar los libros y a sus autores

Los escritores y sus lecturas

Escritores de reconocido prestigio ofrecerán charlas acerca de su experiencia como lectores.

David Huerta	Miércoles 2
Ignacio Solares	Miércoles 9 y 16
Barbara Jacobs	Miércoles 23
René Avilés Fabila	Miércoles 30

Miércoles, de 17:00 a 19:00 hrs.

Guías de lectura

Los lectores tendrán asesoría individual y directa de un amplio grupo de escritores.

Poesía	Eduardo Casar	Martes 1 y 8
Narrativa	Beatriz Espejo	Martes 15 y 22
Poesía	Mario Bojórquez	Jueves 3 y 17
Poesía	Eduardo Langagne	Jueves 10 y 24
Dramaturgia	Estela Leñero	Martes 29
Poesía	Pablo Boullosa	Jueves 31

Martes y jueves, de 17:00 a 19:00 hrs.

Taller de lectura en voz alta La voz universo sonoro

Los asistentes podrán desarrollar su voz, mediante las técnicas y los recursos profesionales de respiración, dicción, expresividad y proyección de la misma, según sus propias posibilidades y el manejo de sus registros.

Con Alma Velasco 5 y 12 de agosto

De 11:00 a 15:00 hrs.

50% de descuento con credencial vigente de maestro, estudiante o adulto mayor en todos los programas.

Nuevo León 91, Col. Condesa, México, D.F., C.P. 06140,

Tels: 5553 5268 y 5553 5269,

cnl.clc@correo.inba.gob.mx

Nuevo horario de servicio:

Martes a viernes, de 12:00 a 21:00 hrs.

Sábados, de 11:00 a 18:00 hrs.



Consulte nuestra cartelera en: www.bellasartes.gob.mx
www.literaturainba.com

CONACULTA • INBA